ACTO PRIMERO

Sala en casa de Cortés. Galería de salida en el fondo. Dos puertas á la izquierda: la primera, de la habitacion de Marina; la segunda, de la de Xóchitl. Balcon á la derecha: cerca de él una mesa con recado de escribir. Sillones, estilo renacimiento. Son las cinco de la tarde.

ESCENA I

BERNAL DÍAZ.—GONZALO (entrando).

GONZALO. ¡Bernal Díaz, en mis brazos!
BERNAL. ¡Gonzalo, ven á los míos!
¿Llegas ahora? ¿De dónde?
Cuéntame cómo te ha ido
En la campaña. Don Nuño
De Guzman, con grande tino,
Ha dirigido la guerra,
Que es valiente y atrevido.
Sabemos que victorioso

Llevó sus huestes, bravísimo
Como siempre, y buen cristiano,
Que eso, Gonzalo, lo ha sido.

GONZALO. Si talar campos y pueblos,
Si ser del preso asesino,
Si violar la fe jurada,
Es ser cristiano, concibo
Que Don Nuño de Guzman
Es de cristianos el tipo.
Quéjanse los tlaxcaltecas,
Que aliados buenos han sido,
De que, cual bestias de carga,
Los lleva por los caminos
Ásperos, no peleando,
Como les fuera ofrecido,
Mas conduciendo á la espalda
Grandes fardos pesadísimos;
Y que los que de fatiga,
Bernal, no pueden seguirlo,
Son al punto aperreados,
Ó dejados sin auxilio
En las selvas. Sus espaldas
Llenas de llagas he visto;
Sobre horribles mataduras,

Que al recordarlas me aflijo,
Cargan nuestras provisiones;
Miéntras Don Nuño tranquilo,
Ó busca gloria en la guerra,
Ó procura hacerse rico
Robando indefensos pueblos.
Calcula, Bernal amigo,
Si á sus aliados maltrata,
Qué hará con los enemigos.

BERNAL. Villano es quien así olvida
Sus deberes. Y de fijo,
Si Don Hernando lo sabe,
Y luégo habré de decírselo,
Pondrá coto á tanta infamia,
Que es hidalgo y bien nacido.
Verdad que lo mismo hacen
Con nuestras tropas los indios.
Recuerda la *Noche Triste*,
En que el celestial auxilio
Tan sólo pudo salvarte,
Cuando enfrente de su ídolo
Huichilobos, á los presos,
En el combate prendidos,
De los pechos arrancaron

Los corazones áun vivos.

GONZALO. Celestial auxilio entónces,
Dices bien, Bernal amigo,
Fué el que salvó mi existencia;
Que sólo el cielo divino
Pudo crear á mi Xóchitl,
Por quien sin vida suspiro.

BERNAL. Jamas me hablaste del lance.

GONZALO. Fué lance comprometido.

BERNAL. Cuéntalo, tiempo tenemos:
Don Hernando está en Cabildo,
Y hasta que puedas hablarle,
Aquí estaremos tranquilos.

GONZALO. Recuerdas que todo estaba
Para la salida listo:
Del cuartel el ancho patio
Era inmenso laberinto
De valientes españoles
Y de tlaxcaltecas indios.
Exhortaba el padre Díaz,
Con discursos muy prolijos,
Y con palabras de miedo,
El valor no desmentido
De las huestes que guíaba

La enseña de Cárlos Quinto.
Poco á poco, y en silencio,
Sin que se escuchara ruido
Alguno, veinte ginetes
Salieron; luégo los indios;
Despues los arcabuceros
Y las gentes de servicio.
Quedamos en la reserva;
Luégo escuchamos gemidos.
¿Recuerdas? fueron tres ayes.

BERNAL. Fueron tres ayes tristísimos.

GONZALO. Sobre la tortuga horrible
De la puerta, cayó herido
De muerte el rey Moteczuma.

BERNAL. En la puerta del rastrillo....

GONZALO. Sí, tres metidas de estoque....

BERNAL. Sigue, Gonzalo.

GONZALO. Vacilo.....
Fué un estoque castellano.....
(*Pausa*).
Despues del grupo escogido
Que formó la retaguardia,
Salió Don Hernando, altivo,
Caballero sobre el bayo,

Tan famoso por su brío
Y su nombre "el Molinero;"
Y con él ambos partimos.

BERNAL. Pasamos la cortadura
Sin que fuésemos sentidos.
Negra la noche y lluviosa,
Parecía en nuestro auxilio
Tender su manto de sombras.
De los cañones el ruido
En el lodo se apagaba;
De los arneses el brillo
La oscuridad escondía;
Y del acero el chasquido
Con el viento confundíase.
Alzar el puente quisimos:
El puente estaba atascado.
Con ánimo decidido
Hacia la otra cortadura
Caminamos. De improviso,
Granizada de saetas
Y tormenta de rugidos
Cayó sobre nuestras huestes:
Á ambos lados del camino,
Nos batían en canoas,

Con furia tenaz los indios.
Como la sierpe extendida,
Al contemplar el peligro,
Se repliega y culebrea
En desconcertado giro,
Se confundieron las tropas,
Y el aliento contenido,
Por un momento temblamos. . . . .
Mas despues. . . . cobramos bríos.
Avanzábamos muriendo. . . .
Y matando. . . . Al fin pudimos
La segunda cortadura
Salvar compactos y unidos.
Llegamos á la tercera,
Petlacalco. . . . . un son fatídico
De terribles teponaxtlis,
Del viento sobre el gemido,
Nos llegaba del teocalli;
Y algazara de alaridos
Por todas partes se oía,
Destrozándonos los indios.

GONZALO. ¿Entónces saltó Alvarado?

BERNAL. No es verdad; que combatimos
Juntos, y la cortadura

Parecía un amasijo
De cadáveres: soldados
Y caballos confundidos.
En lo duro del combate
Perdió su árabe rosillo
Alvarado: ya sin casco,
Y con la espada sin filo,
Viendo á su lado á Gamboa,
De Cortés caballerizo,
Á la grupa de su overo,
Huyó cobarde el peligro.
Ya Don Hernando en Popotla
Se hallaba, cuando, sin tino,
Alvarado y el Gamboa
Llegaron. Cómo perdido
Dijeran que estaba todo,
Volvió riendas al camino
Á todo escape, y luchando
Entre nosotros le vimos.
Lanzando llamas los ojos,
Alzaba la frente altivo;
Si sus miradas relámpagos,
Rayo era su brazo invicto.
Como arroyo desbordado,

Que en torrente convertido,
Á su paso despedaza
Campos cubiertos de trigo,
Destrozaba á los aztecas;
Y á su vista nos sentimos
Fuertes otra vez, Gonzalo,
Y de ¡cierra España! al grito,
Con empuje de gigantes
De la calzada salimos.
Rotos y llenos de pena,
Despues tomamos respiro,
Desde Popotla á Tlacópan
En varios grupos tendidos.
En el cielo negras nubes,
Empujadas por un frío
Y desagradable viento,
Relámpagos fugitivos
De su seno despedían;
Y á trechos, con sordo ruido,
Cóncavo trueno rodaba
Sobre los montes. Al brillo
De un relámpago, vi el templo
De Tlacópan, escondido
Coloso en las negras sombras:

Sobre sus gradas, tranquilo,
Sin el casco en la cabeza
Y sin la espada en el cinto,
Lloraba un hombre en silencio.

GONZALO. ¿Era Hernan Cortés?

BERNAL. El mismo.

(Pausa. Bernal observa hacia la galería, por donde atraviesan los regidores).

Puedes ver á Don Hernando,
Porque salen de Cabildo.

GONZALO. Voy, y despues seguiremos
El relato interrumpido. *(Vase).*

ESCENA II

BERNAL.—XÓCHITL, (entrando).

XÓCHITL. Bernal Díaz, tu amparo necesito.

BERNAL. Siempre tu amigo fuí.

XÓCHITL. ¡Eres tan bueno!

BERNAL. Díme qué pena causa tus dolores.

XÓCHITL. Oye una historia que parece sueño.
Era yo niña.....mis ancianos padres
Me dedicaron en su amor al templo,

Y al pié de los altares de mis dioses
Crecí como la rosa de los huertos.
Yo era feliz.... Mas una vez, ansiosa
Escuché que llamaban á mi seno.
Era mi corazon que despertaba,
Y tocaba en las puertas del deseo
Con pulsaciones fuertes y violentas,
Pretendiendo saltarse de mi pecho.
Era la noche, y parecióme día;
Más estrellas miré en el firmamento;
Y al despuntar la aurora en el oriente,
Turquesa inmensa figuréme el cielo.

BERNAL. Era la juventud con sus quimeras.

XÓCHITL. Era un volcan que vomitaba fuego.
En la fuente miré mis negros ojos,
Y lánguidos miré mis ojos negros.
Mi talle, ántes erguido, se inclinaba,
Como á compas, en dulce movimiento.

BERNAL. Así las palmas, al caer la tarde,
Airosas se columpian en silencio.

XÓCHITL. Sin saberlo, mis labios entonaban
No sé que canto de delicias lleno;
Y mis manos buscaban, sin sentirlo,
Los yoloxóchitl del callado huerto.

Mi frente, ántes brillante, se anublaba
Con dulcísimas sombras de misterio....

BERNAL. Cual esconde su faz plácida luna
Tras blanca nube que arrebata el viento.

XÓCHITL. Junto al arroyo á veces reclinada,
Lloraba sin pesar y sin tormento,
Y si á veces mis lágrimas caían
Del arroyo en las aguas, y su espejo
Un momento empañaban, al instante
Retrataban más limpio el claro cielo.
"¿Adónde va el arroyo?" me decía;
"¿Adónde va fugaz mi pensamiento?"
Á perderse en regiones ignoradas
El pensamiento y el arroyo fueron.

BERNAL. Era el amor naciente.

XÓCHITL. No sabía
Lo que era amor. Encantos y misterios,
Si era amor, murmuraban á mi oído
Mil notas de dulcísimos conciertos.
(*Pausa*).
Una noche, el sonoro teponaxtli
Con furia retumbaba sobre el templo.
Me levanté asustada; salí al patio:
Clamor horrible se escuchaba léjos.

Despues soldados de feroz mirada
Del teponaxtli al son allí acudieron;
Y despues un gran grupo de españoles
Sin casco y sin espada: estaban presos.
Entre ellos llegó un jóven sostenido
Por dos soldados; de su blanco pecho
Brotaba sangre... desmayóse al punto:
"Y cuídale," apiadados me dijeron.
De Quetzalcoátl, el de las ricas plumas,
Marché á ocultarle en el redondo templo.
No sé si le olvidaron. En la noche
Yo iba oculta á curarle; y en mi pecho
Sentí por fin brotar amor gigante,
Como en el Oceano turbulento
Brota, saliendo de las negras aguas,
El sol de luces y de llamas lleno.

BERNAL. ¿Y él te amó?

XÓCHITL. Con pasion embriagadora.
Cual se confunden el azul del cielo
Y el azul de los mares, nuestras almas
En un sublime amor se confundieron.
Pasaron, ocultando nuestra dicha,
Diez meses. Una noche trajo el viento
Un ruido atronador de artillería.....

Eran los españoles..... De mi pecho
Saltarse quiso el corazon..... Gonzalo
Tomó en sus manos su amellado acero;
"Voy á morir, me dijo, por mis reyes:"
Y desmayada me dejó en el templo.
(Pausa).
Despues en la ciudad, al conquistarla,
Presa las tropas de Cortés me hicieron;
Y de la favorita á los parientes,
Sin escuchar mis quejas ni mis ruegos,
Como rico presente, me mandaron
Á Tabasco cautiva.... Pasó el tiempo;
Y de la hermana de Marina un día
El lugar usurpando, con anhelo
En pos de mi Gonzalo vine amante;
Y ¡áun ver no pude á mi adorado dueño!
Ésta á su hermana, en Xáltipan, pequeña
Dejó, sin conservar de ella recuerdo;
Y al besar á su hermana, no comprende
Que en mis labios apura su veneno.
No lo dice Cortés..... pero me ama.
No lo sabe Marina..... y tiene celos.

BERNAL. ¡Cuánta desdicha miro en lontananza!

XÓCHITL. Y yo miro, Bernal, tranquilo puerto.

BERNAL. ¡Del naufragio, infeliz, Dios te liberte!

XÓCHITL. Bernal, la vida es débil barquichuelo,
Siempre azotado por rugientes olas,
Siempre impelido por contrarios vientos.
Sólo un puerto en la vida se ha encontrado,
Y es la tumba...¡Ya ves si miro el puerto!

BERNAL. Allí viene Cortés.

XÓCHITL. Deja que parta. (*Se va.*)

BERNAL. Del buitre la paloma tiene miedo.

ESCENA III

BERNAL.—CORTÉS (que deja un pliego sobre la mesa).

BERNAL. Los franciscanos, señor,
En el Cabildo estuvieron.....

CORTÉS. Sí, Bernal Díaz; vinieron
Á exagerar el dolor
Que causa en ellos la pena
De los indios. Mas si están
Vencidos, ¿por qué no van
Tranquilos con su cadena?

BERNAL. Piadosos los padres son,
Y amparan al desvalido.

CORTÉS. Tan sólo es grande el caído,
Si es grande su corazon.
BERNAL. Á esos frailes mucho aman
Los indios.
CORTÉS. Mucho los quieren.
Sobre todos los prefieren,
Bernal, y padres los llaman.
Desde que han llegado aquí,
Todo es gozo y alegría:
¡Y sólo melancolía
Miro al rededor de mí!
Yo soy el conquistador,
¡Y ellos son frailes mendigos!
¡Y á ellos los ven como amigos!
¡Y á mí me ven con horror!
Los quieren con tierno afan,
Y es justo; pues si en la guerra
Quité á los indios la tierra,
Ellos el cielo les dan.
BERNAL. Os miro triste.....
CORTÉS. Me siento
Inquieto, intranquilo, mal.
Déjame solo, Bernal.
BERNAL. Llamad, y vendré al momento. (*Vase*).

ESCENA IV

CORTÉS solo.

CORTÉS. Luchar desde que nací,
Y luchar eternos días;
Ambicionar alegrías;
Fama ansiar con frenesí;
Sentir al fin junto á mí
Los encantos de la gloria;
Robar su pluma á la historia,
Para que el mundo se asombre;
En ella esculpir mi nombre.....
Y eternizar mi memoria.
Lanzarme fiero, iracundo,
Á decidir la batalla,
Y al tronar de la metralla
Conquistar audaz un mundo;
Alzarme de lo profundo
De mi humildad, soberano;
Sentir que toca mi mano
El cielo.....¡y loco gemir!
¡Que siempre habrá de vivir
Dentro del hombre el gusano!

Hoy sufre crudos rigores
Quien es señor de esta tierra,
Y en su corazon encierra
Historia triste de amores.
En páginas de dolores
Está grabada mi pena,
Y gozo con mi cadena,
Porque mi alma adolorida,
Cuando me siento sin vida,
De alas de ángel está llena.
Nacer para la victoria,
Y como el águila altiva
Contemplar la lumbre viva
Del sol; alcanzar la gloria;
Ver el mundo como escoria.....
Pensar, querer, y poder.....
En mi senda, por do quier
Cuanto encuentro avasallar;
Y no poder conquistar
El amor de una mujer.
¡Y proclaman mis hazañas!
¡Envidian todos mi suerte!
¡Y el grande, el altivo, el fuerte,
Me dicen ambas Españas!

Mas como débiles cañas
Que destroza el viento airado,
Siento inclinarse humillado
Mi corazon al amor.
Me llaman conquistador.....
Y yo soy el conquistado.

ESCENA V

DICHO.—XÓCHITL (entrando).

CORTÉS. ¡Ella!
XÓCHITL. Señor, os buscaba.
CORTÉS. ¿Qué quieres?
XÓCHITL. En su delirio
Doña Marina.....
CORTÉS. ¡Oh martirio!
XÓCHITL. Con ansiedad os llamaba.
CORTÉS. Esa mujer ¿qué procura?
XÓCHITL. Su exaltacion es tan fuerte,
Que yo temo que la muerte.....
CORTÉS. Mal es ése que se cúra.
XÓCHITL. Ó que mata.....tiene celos

En su fiebre..... se enfurece
Á ratos..... loca parece.....
Pide favor á los cielos.....
Se agita..... llora..... y se calla.....
Y vuelve á hablar inconsciente.....
É infeliz, constantemente
Con su delirio batalla.

ESCENA VI

DICHOS.—MARINA (que entra violentamente).

(*Durante esta escena, Cortés habla á Marina con despego*).

MARINA. Te llamaba el ansia mía.....
¡Te llamaba en mi aflixion!
CORTÉS. Me contaba Concepcion
Lo que el médico decía.
MARINA. ¡Médicos! ¡cuando sin calma
Sufro en continuos desvelos!
¡Cuando me muero de celos,
Y estoy enferma del alma!
XÓCHITL. Celos.....

CORTÉS. Sin causa, Marina.....
MARINA. Hoy tranquila reposaba
Junto á mi hijo: soñaba
Con él. De pronto, neblina
Color de sangre empañó
La estrella de mi existencia.....
XÓCHITL. (*aparte*). ¡La niebla de la conciencia!
MARINA. Y los ámbitos llenó
Ronca voz aterradora,
Que de lo alto de los cielos,
Una vez gritaba: "¡celos!"
Y otra exclamaba: "¡traidora!"
Te buscaba, y no te hallé.....
Te llamaba, y no me oías.....
Y en terribles agonías
Con ese sueño luché.
CORTÉS. Calma tu cruel ansiedad:
Te hace daño la fatiga.
MARINA. Dí que se yerga á la espiga
Que tronchó la tempestad.
(*Pausa*).
Otra vez volví á dormir,
Y otra vez torné á soñar:
¡Cortés! te volví á llamar,